



CAPÍTULO XXI

MAS SOBRE LA LÍRICA CONTEMPORÁNEA

Teodoro Llorente, V. W. Querol, Estelrich, Aleover, Salvany, etc.—Devolx, Taboada, Coello, Blasco, Ansorena, Castro.—Balart, Ricardo Gil, Sánchez Madrigal.—Carolina Valencia.—Los poetas del «Madrid Cómico».

ENTRE la muchedumbre de aficionados á la lírica que han puesto su correspondiente tomito en los escaparates de las librerías, ó su firma en las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, nos queda aún que entresacar una respetable minoría de poetas, enteros ó fraccionarios, grandes ó chicos, pero poetas de todos modos.

¿Cómo olvidar al rey de nuestros traductores en verso, al valenciano Teodoro Llorente, en cuyas sonoras y delicadas rimas han cabido, sin apretura ni ahogo, las concepciones gigantescas de Longfellow, Byron, Schiller, Goethe, Heine, Lamartine y Victor Hugo? ¿Cómo negar á las *Leyendas de oro*¹ la misma ala-

¹ *Leyendas de oro. Poesías de los principales autores modernos vertidas en rima castellana.* Desde 1875 van publicadas tres ediciones de este libro: la última, corregida, no siempre con acierto, forma parte de la *Biblioteca selecta* (tomo V, sin año) que imprime en Valencia el editor Aguilar.

banza que tributó Cervantes á la versión de *Aminta* por D. Juan de Jáuregui? Apoderarse con briosa valentía de una idea ajena, recalentarla y fundirla en una forma rítmica, comparable á veces con la del original, es tarea que supone casi tanto como la elaboración del material poético y un *amor al arte* muy poco común. Por este procedimiento han adquirido carta de naturaleza en España cantos y narraciones de distintísima progenie, *La bohardilla*, *El fuego del cielo* (de V. Hugo), *Oscar de Alba* (de Byron) y *Excelsior* (de Longfellow). Esta última poesía luce en los versos de Llorente una precisión y una firmeza esculturales, mientras en *La bohardilla* cede su puesto el monótono golpear del alexandrino al agraciado y flexible movimiento de estrofas como la siguiente:

Imponente, severa, misteriosa,
Se alza la iglesia altiva;
En sus muros dibújase la ojiva
Como una flor abierta,
Y de calada piedra inmensa rosa
Las hojas desplegó sobre la puerta.
En la bóveda enorme
De su nave sombría,
Santos, ángeles, vírgenes, el cielo
Y el infierno disforme,
Se mueven y confunden
Cual sueño de agitada fantasía;
Pero no agrada tanto al alma mía
La iglesia venerada,
Con sus arcos, sus vidrios de colores,
Sus lámparas de tibios resplandores,
Su torre audaz, su espléndida fachada,
Como ese cuarto estrecho y encumbrado
En donde suena música tan suave,
Cual si estuviera un ave
Cantando en el alero del tejado¹.

Lo que desagrada en esta preciosa colección es el

¹ En *Les rayons et les ombres* (IV. *Regard jetée dans une mansarde*) puede verse la composición en francés.

frecuente empleo del romance endecasílabo, que de fijo no preferiría el Sr. Llorente tratándose de composiciones suyas; la brusca sucesión de cortes y pausas, mal avenidos con la armonía, y acaso también la excesiva libertad en las alteraciones y paráfrasis en que se sacrifica la interpretación fiel á la elegancia.

Previos tales ejercicios, aspiró Llorente á nada menos que traducir en verso el *Fausto*, de Goethe, proyecto acariciado por él muy de atrás, cuando asistía con escasa afición á las aulas universitarias, y que realizó felizmente siguiendo las huellas del italiano Andrés Maffei¹. El celeberrimo doctor de la leyenda alemana viste con holgura la ropilla de los héroes de nuestro antiguo Teatro, y las enrevesadas frases y arcanos conceptos del Júpiter de Weimar se reproducen sin gran desventaja en cuartetos, romances heroicos y gallardos versos octosílabos. Si se toma en cuenta la falta de predecesor y modelos en tan audaz é ímproba tarea, es el de Llorente algo más que un modesto ensayo, y así lo reconocerán cuantos sepan apreciar el mérito y las dificultades de las versiones poéticas.

En el volumen intitulado *Amorosas*, los *Versos de la juventud* y otras muchas composiciones sueltas, se descubre por igual el espontáneo y fecundo numen de Llorente.

Valenciano como él, y como él apasionado de las musas, cantó su amigo V. W. Querol² para los pocos que no necesitan de la autoridad ajena ni de los encomios de guardarropía, que reparte la prensa despóticamente, para los que saben escoger las lecturas sin el

¹ *Fausto, tragedia de Juan Wolfgang Goethe, traducida por D. Teodoro Llorente. Primera parte.* Barcelona. Biblioteca «Arte y Letras», 1882.

² *Rimas...*, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcón... Valencia, 1877. Deben igualmente tomarse en cuenta la poesía que luego citaré, inserta en un almanaque de *La Ilustración*, y el largo fragmento póstumo en que Querol canta el descubrimiento de la América. (En *La España Moderna*. Noviembre de 1890, págs. 204 y 209.)

venal reclamo de las gacetillas. El que Valera y algún otro crítico ponderasen la corrección elegantísima de Querol no podía bastar para conquistarle la gloria que á otros se regala contra todo fuero de justicia, y quizá sonó aquel nombre por primera vez, y como extraño en los oídos de muchos, cuando leyeron la noticia de haber muerto el poeta que lo llevaba (1880). Enfrascado durante los últimos años de su vida en la prosa de los negocios comerciales, no desmintió nunca el autor de *El eclipse*, las *Cartas á María* y *La fiesta de Venus*, ni aun en los versos escritos al azar y por encargo, aquella habilidad técnica que no se confunde en él con la palabrería sonora y sin objeto, aquella estima del arte que no le permite desmanes ni caídas.

No cabe leerle ni hablar de él sin recordar á Quintana, cuya amplia y rozagante estrofa fué el molde á que se adaptaron, como corriente de oro fundido, la profusa variedad de afecciones que en su espíritu atesoraba al hogar doméstico, á la mujer, á la Patria y á la Religión. Sentía Querol lo bello en todas sus fases, sin perjuicio de dominarlo para que pudieran entrar todas dentro de un estilo y una expresión uniformes; amaba por igual la pureza de líneas y la intensidad del colorido; era idólatra de la rima abundante y a cendrada, huyendo tan de veras del ripio y las consonancias fáciles, que suele pecar por el extremo contrario. Con ser sus poesías bien poco numerosas, y con dominar en ellas la mutua semejanza aludida, encierran elementos de procedencia clásica con otros modernos y novísimos, primorosas imitaciones de la poesía hebrea y pensamientos y palabras que podría usar Platón hablando nuestro lenguaje. No es indigna de él la explicación del simbolismo oculto en la leyenda de Venus, que desenvuelve Querol dramáticamente en una composición bellísima¹:

¹ *La fiesta de Venus*, publicada en el *Almanaque de La Ilustración* (1878).

Venus no fué la meretriz impura,
Sino el místico emblema
De la incesante y renaciente vida
Que eternamente dura
Del casto amor bajo la ley suprema.
Venus es la escondida
Fuerza que late en todo,
Alma, por arte misterioso, unida
Del cuerpo vil al deleznable lodo;
Es el consorcio, el plácido himeneo,
La infatigable creación, la esencia
Que, por secreto modo,
Vivida alienta el pertinaz deseo.
Venus es la existencia
Que audaz la muerte pasajera trunca,
Pero que entre sus brazos
Naturaleza con amantes lazos
Perpetua engendra sin cansarse nunca.

También hay en Mallorca quien, sustrayéndose en parte á la influencia del *Renacimiento* en boga, prefiere formar con los que piensan y cantan en el gran idioma nacional. Junto al poeta regionalista Miguel Costa y Llobera, y con tendencias bien diferentes, podemos citar á Juan Luis Estelrich, coleccionador de una *Antología de poetas líricos italianos, traducidos en verso*¹, muchos por él mismo, que ha encontrado en esta labor, quizá inconscientemente, un medio de fijar la confusa abundancia de ideas y las oscilaciones de forma y estilo que ofenden en sus *Primicias*². Con más estudio y menos indecisión dejará de serle esquiva la *Belleza* recóndita de que tan amargamente se queja:

Su amante soy, y mi existencia ignora,
Siento el ansia sin fin de Prometeo;
Sueño la luz, y se obscurece el día;
Cojo el buril, y mis ideales puros
El calor en los mármoles engendran
Y el monstruo sólo mis callosas manos.

¹ Palma de Mallorca, 1889.

² *Ibid.*, 1884.

Joven y mallorquín como Estelrich, descubre Juan Alcover en sus *Poesías*¹ un gusto más acrisolado y uniforme, una fantasía espléndida y educada con copiosas y bien digeridas lecturas, y un dominio de la versificación que honraría á cualquier poeta castellano de nacimiento. Tal vez se asoma á los jardines de Cam-poamor; pero de ordinario prefiere libar las flores del sentimiento y la ilusión fascinadora á embriagarse con los corrosivos jugos de la duda y el desencanto. El mismísimo Antonio de Valbuena no tuvo reparo en colmar de elogios las poesías de Alcover, analizando su poemita *El nido* con justificada delectación, y copiando el delicioso apólogo *La nube y la fuente*, que también ofrezco á mis lectores:

Trémula de placer una fontana,
Al beso halagador se sonreía
Del sol de la mañana.
Mas de pronto una sombra se interpuso
Entre el amante y ella,
Y con rumor confuso
Así la fuente dice y se querella:
—¿Por qué de mi tesoro,
Por qué del regalado sol de estío,
Que en mí bañaba sus cabellos de oro,
Me privas importuna?—
La nube respondió: —¿Del seno mío
No sabes tú que brota
El agua que destila gota á gota
Ese peñasco azul sobre tu cuna?
¿No sabes tú que el sol que te embelesa
Extinguiéndose va cuando te besa?
No llores, pues, ingrata,
Porque el materno amor que te da vida
Guardarte quiera del amor que mata.—
Estremeció la selva obscurecida
Sutil y fresco viento;
Suspiró su follaje movedizo,
Y la nube, llenando el firmamento,
Sobre la tierra en llanto se deshizo.

¹ Palma de Mallorca, 1887.

El amor al dialecto y á todas las cosas de la tierra es más intenso y exclusivista en Cataluña que en las otras dos regiones hermanas, y los contados versificadores que se resuelven á abandonarlo piensan realmente en catalán y traducen su verbo interior en frase castellana con la premiosa dificultad de un hispanófilo extranjero. No contaré entre las excepciones á Jaime Martí-Miquel, el infatigable traductor de *Poemas y Poesías de los principales autores y extranjeros*, á quien no agradecerían mucho su servicio Lord Byron, Walter Scott, Víctor Hugo, Musset... y León XIII. Aunque significa algo más el nombre de Juan Tomás Salvany que va al frente de dos volúmenes en verso, y aunque en los dos hay diamantes revueltos con escoria y talco, padece el ingenio que los ha producido los achaques, al parecer contrarios, de la hinchazón y el prosaísmo, se eleva del suelo con la misma facilidad que descende hasta él, y por el deseo de mantener las cuerdas de la lira en rígida y violenta tensión consigue sólo que estallen en vibraciones inharmónicas. El idioma de la naturaleza y del espíritu, con cuya espontánea elocuencia atina Salvany en ocasiones, excluye los adornos postizos y el hablar *horrendo*, con que se hacen ostensibles los desfallecimientos de la inspiración.

Poeta de certámenes llamaría yo á D. José Devolx, que, con efecto, ha obtenido en ellos muchas coronas, si sobre unos y otras no pesara el justificado desvío con que hasta la más laxa benevolencia ha de mirar la apoteosis del mal gusto y la prosa rimada, hecha por oscuros jueces en la persona de más oscuros agraciados. El Sr. Devolx obtuvo premio en los Juegos Florales con que se solemnizó el primer matrimonio de D. Alfonso XII (1878) por el Ayuntamiento de Madrid, y cuyo Jurado constituían ilustres miembros de las Reales Academias Española y de la Historia. La oda laureada, *El amor*, desenvuelve un plan demasiado extenso, y es de ejecución desigual, rápida y fácil á tre-

chos, deslucida en otros por lugares comunes y tautologías. Hay al final algunas estrofas que encierran en germen la composición *A la mujer*, presentada en un certamen de Burgos por el mismo autor y que mereció el *accésit*. Por último, al Sr. Devolx adjudicó la Academia de la Lengua el primer premio ofrecido á la mejor poesía que conmemorase las glorias de D. Pedro Calderón de la Barca en su segundo centenario, sufriendo este dictamen vivos ataques de algunas publicaciones, mientras era en general recibido con silencio sospechoso, equivalente á la indiferencia.

Con motivo del asendereado centenario dedicó al gran poeta de *La vida es sueño* otra oda, premiada en diez ó doce certámenes, un D. Nicolás Taboada y Fernández, imitador de Quintana en el estilo y las ideas, amigo de la declamación oratoria y los anatemas contra los muertos, tan esmerado en la factura de los versos como deficiente en el fondo. Con el título de *Albores, poesías premiadas é inéditas*¹ ha coleccionado las mejores y las peores, entre las que descuella la anteriormente citada.

Carlos Coello, el autor de los *Cuentos inverosímiles*, á quien ya conoceremos también como dramático, dejó en su temprana muerte una reputación de sonetista que no carece en absoluto de fundamento, aunque la haya exagerado mucho la amistad. Escogía, no siempre con acierto, los rasgos finales, preparándolos hábilmente, pero sin cuidarse tanto de la naturalidad. El soneto á D. Francisco Salas en la muerte de su hijo, termina así:

Huye el vano placer, amigo artero,
Sembrando la vergüenza de mañana.
Cual la lanza de Aquiles, el sincero
Dolor la herida que produce sana;
Que el hombre templa á golpes el acero,
Y á golpes templa Dios el alma humana.

¹ Madrid, 1883.

El adiós de Coello á las musas, repique de casca-
beles que no parecía presagiar el de la campana fúne-
bre, es el jocoso cuento en verso *Las tres hermanas*,
que insertó el *Almanaque de La Ilustración* para 1888.

Al tropezar aquí con Eusebio Blasco, perdonen sus
devotos, no él, que habla de sí mismo con laudable mo-
destia, si, decidido á administrar justicia, y aun no evo-
cando la negra sombra de los *Arpegios*, proscritos hoy
de las librerías, no llego á reconocer tampoco en las
*Soledades*¹ ni en las *Poesías festivas*² el aliento de una
personalidad que sienta y piense por cuenta propia.
Blasco se acuerda con excesivo empeño de Becquer y
Campoamor, calcando las rimas y las doloras, como
quien no sabe andar su camino sin atender al trazado
de la guía, como principiante inexperto que no se atre-
ve á confiar en sus fuerzas. Esta observación se refiere
á las *Soledades*, descontando una poesía á la Virgen
del Pilar, otra, añadida, á los prodigios de la industria
(*Las ferrerías*), y cuyos alejandrinos suenan mejor que
el título, y las que no están precisamente imitadas de
un autor, sino de muchos. En los bambochazos de las
Poesías festivas brotan los chistes con espontaneidad,
pero tal vez á expensas del pudor y de la gramática,
llegando entonces las libertades para con el uno y la
otra, y la amplísima laxitud de criterio que se permite
estilar Blasco, á los límites de lo intolerable.

Por el fervor y la asiduidad con que se consagra á
la Poesía, da indicios de tomarla en serio Luis de An-
sorena, en cuyas sombrías producciones, que por con-
tradicción extraña ocupan frecuentemente las colum-
nas del *Madrid Cómico*, centellean ráfagas de luz no
siempre procedentes de la imitación. *Cosas de ayer* y
El puñal de Albacete están diciendo cuáles son las filo-
sofías, y cuáles los modelos preferidos por el autor. El

¹ Madrid, 1876.

² Madrid, 1880.

género campoamoriano sin la gracia y la flexibilidad
que le son propias, y con cierto dejo de austera eleva-
ción moral, tiene en Ansorena un cultivador asiduo y
relativamente afortunado.

Mucho tiempo antes que apareciese en *Los Lunes
de El Imparcial* (7 de Septiembre de 1891) el artículo
de Federico Balart, en que nos hablaba con justo en-
carecimiento de *Un hallazgo*, el del autor de *Dédalo*,
Gonzalo de Castro, conocía yo algunas composiciones
de este poeta que me hicieron formar de él una idea
muy aproximada á las apreciaciones del celebrado críti-
co. Como él, entiendo que la facultad predominante en
Castro es la imaginación, de cuya savia brota el capri-
choso pero espléndido ramaje de metáforas y descrip-
ciones características en el autor; que «esa facultad
imaginativa tiene á su servicio un vocabulario, no siem-
pre rigurosamente exacto, pero siempre rico de nom-
bres correctos, de adjetivos pintorescos, y sobre todo
de verbos expresivos que, unas veces en sentido pro-
pio y otras en sentido figurado, comunican al estilo
vida, calor y movimiento», y que no falta á Castro para
ser poeta de primera fila nada más que *el arte de com-
poner*, por cuyo defecto «muchas de sus poesías, ó des-
carrilan, ó desmayan, ó se desvanecen á nuestra vista
cuando más cebados nos tienen en su lectura». El fon-
do racionalista de algunos versos y la afectación de
grandeza y originalidad, son otras dos cosas que me
desagradan en Castro. Como muestra de sus aptitudes
servirá la siguiente definición teórico-práctica de la
Poesía:

¡La Poesía! Impulso bendecido
Tal vez de Dios el misterioso rastro,
Nace en el corazón, como el latido,
Y se pierde en el cielo, como el astro.
Vibra sin cuerdas, sin buriles labra;
Condensación pasmosa de las artes,
Su cuerda y su buril son la palabra.

Es la santa elocuencia
 De todo lo creado é increado.
 ¡La idea y el latido hechos cadencia!
 ¡El inmortal espíritu rimado!
 Y el alma, y los espacios, y la tierra,
 Cuanto guarda en su fondo el universo,
 Con su poder lo encierra
 En una línea mágica..., en el verso.

Federico Balart, que ha servido de heraldo al autor de *Dédalo*, escribe también hermosas poesías, inspiradas por ese sentimiento profundo y melancólico que dejan en el alma las ruinas de la felicidad, por ese amor purísimo, casto é inmaterial, que es como la sombra del bien perdido, revolando en torno de la memoria y dejando en ella alternativamente semilla de dolores y alegrías de terror y de esperanza. El antiguo redactor de *Gil Blas*, el escritor punzante y cáustico que parece disponer de un sexto sentido para descubrir el rastro de lo cómico, así en las obras de la naturaleza como en las del arte, ha tejido sobre la tumba de su esposa una corona de siemprevivas regada con llanto de los ojos y sangre del corazón, como si jamás hubiese vertido su pluma una gota de hiel; habla el lenguaje del misticismo cristiano, y de la fe resignada y tranquila, como si su inteligencia no se hubiera asomado á los abismos negros de la duda, y sabe destilar de la mirra del infortunio las mieles de la confianza psicológica y el arrobamiento contemplativo. Al hacer Balart á su esposa muerta la *Restitución* de sus canciones, le dice con sencillez conmovedora:

.....
 Desde que abandonaste nuestra morada,
 De la mortal escoria purificada,
 Transformado está el fondo del alma mía,
 Y voces oigo en ella que antes no oía.
 Todo cuanto en la tierra, y el mar, y el viento,
 Tiene matiz, aroma, forma ó acento,

De mi ánimo abatido turba la calma,
 Y en canción se convierte dentro del alma.

Ya lo ves: las canciones que te consagro
 En mi mente han nacido por un milagro.
 Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
 Por eso á ti de hinojos las restituyo.
 ¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
 Sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero no, que aún te deben mis amarguras
 Otras más delicadas, otras más puras.
 Canciones que, por miedo de profanarlas,
 En el alma conservo sin pronunciarlas.

Y todavía nos habla el poeta de otras

Canciones sin palabra, sin pensamiento,
 Vagas emanaciones del sentimiento,
 Silencioso gemido de amor y pena
 Que en el fondo del pecho callado suena;
 Aspiración confusa que, en vivo anhelo,
 Ya es canción, ya plegaria que sube al cielo,
 Inquietudes del alma de amor herida,
 Vagos presentimientos de la otra vida:
 Extasis de la mente que á Dios se lanza;
 Luminosos destellos de la esperanza;
 Voces que me aseguran que podré verte
 Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte;
 ¡Canciones que, por santas, no tienen nombres
 En la lengua grosera que hablan los hombres!

.....
 Esas de mi esperanza fijan el polo;—
 ¡Y ésas son las que guardo para mí sólo!

Paisanos de Balart, quiero decir, nacidos en Murcia, son otros dos poetas á quienes el tiránico silencio, y quizá la suspicacia de la opinión ante todo libro de rimas no autorizado por una firma ilustre, negaron la hoja de laurel que, en mi juicio, les corresponde. De uno de ellos, Ricardo Gil, disertó el mencionado crítico de *Los Lunes del Imparcial* (15 de Septiembre de 1890), cinco años después de publicadas las poesías *De*

los quince á los treinta, diciendo así, después de copiar distintos fragmentos escogidos:

«La emoción de nuestro poeta siempre es sincera y profunda, pero casi siempre reprimida, con lo cual, lejos de debilitarse, adquiere la fuerza de un licor concentrado. La delicadeza es uno de los modos que tiene de funcionar la fuerza...

»Desmenuzar las obras de un poeta como Ricardo Gil, no es dar idea de su mérito. Despedazadas de ese modo, desaparece uno de sus principales méritos: la composición. Nadie supera á nuestro poeta en la elección de asunto, ni en la distribución de las partes que cada uno da de sí. Sus temas son siempre poéticos, su composición es siempre lógica, es decir, acomodada al fin que se propone, y ese fin nunca deja de ser artístico, aunque la obra resulte además iluminada por algún pensamiento profundamente moral. El sentimiento da calor á todas sus palabras, y el estilo es siempre un ropaje flexible que se ciñe al pensamiento del modo más conveniente para modelar sus formas sin desfigurarlas.»

No ha tenido tanta suerte como Ricardo Gil el autor del *Romancero de Don Alvaro Bazán, primer Marqués de Santa Cruz de Mudela*¹, Ricardo Sánchez Madrigal, émulo del Duque de Rivas y de Zorrilla, narrador entusiasta, más lírico que épico, de antiguas pero inmarcesibles proezas españolas,

en ese romance altivo
de antigua y noble prosapia,
cuya sencillez ingenua,
cuyas robustas estancias,
Son privilegio que tienen
habla y gloria castellanas,
como con ellas nacido
al fragor de las batallas.

La toma del hábito de Santiago, el socorro de Malta, las hazañas de la conquista de Portugal y las islas

¹ Madrid, 1889.

Terceras, los timbres guerreros y políticos que agigantan la soberbia figura de Don Alvaro de Bazán, acrecen también la vena de su panegirista, que, al referir con gallardía y desembarazo los hechos contenidos en la historia de su héroe, ora los esculpe en rasgos concisos y esculturales, ora los pinta con la vivacidad de un lienzo flamenco, ora los canta con grandilocuencia herreriana. La pesadez de algunas enumeraciones, la excesiva variedad de las asonancias y el desaliento prosaico, que tal vez cortan los vuelos á la musa de Sánchez Madrigal, no quitan para que sus romances se hombreen sin gran desventaja con los de *Un castellano leal* y *A buen juez mejor testigo*.

Tampoco es celebridad fastuosa la de Carolina Valencia, dulce y simpática poetisa que desde el retiro de su hogar (porque ni reside siquiera en la corte) tuvo el arrojo de lanzar al público un libro de *Poesías*¹ empapadas en los aromas del romanticismo, tejidas de plegarias religiosas, ensueños de amor ideal, visiones de los siglos muertos, serenatas trovadorescas y arrullos orientales; inspiradas canciones de un Zorrilla femenino que ama con apasionada ternura los eternos encantos de la Madre Naturaleza, y los de la Historia y la Religión de nuestros padres; hojas verdes y lozanas desprendidas del árbol de un corazón sano y nutrido por la savia de la fe, el patriotismo y el amor. Los que estiman mortal toda culpa contra el Decálogo de la moda, no perdonarán á Carolina Valencia sus aficiones á mirar hacia atrás y hacia lo alto, ni su desdén para con la realidad presente; pero quien busque el refugio del ideal para sustraerse á la pesadilla horrible del pesimismo que nos invade, quien desee respirar auras puras y salutíferas, y embriagarse de perfumes, notas y colores, y volver á sentir las impresiones que haya experimentado en la lectura de los *Cantos del trovador*,

¹ Palencia, 1890.

el poema *Granada y Las mujeres del Evangelio*, sin la molestia de la repetición, y con el señuelo de lo desconocido, acuda á estas *Poesías* de una mujer que reúne el nombre y la inspiración de la Coronado con el tono viril y las plausibles audacias de la Avellaneda.

Pocos, muy pocos son los que conocen y utilizan el valor onomatopéyico de las palabras como la señora Valencia, cuya alma es un arpa eólica de la que nacen las rimas como agua de manantial copioso; sólo, sí, debe la autora ponerse en guardia para que su espontaneidad no la arrastre, según lo ha hecho hasta aquí, á imitar los caprichos seniles de Zorrilla, señaladamente el de apilar las consonancias por medias docenas, alardeando de una habilidad, disculpable en el insigne maestro, pero que fácilmente degenera en juego de niños.

La generalidad del público no suele ahora *hacerse cargo* de las poesías serias que salen á luz (y en muchos casos no le falta razón para conducirse así). En cambio agota ejemplares de los números del *Madrid Cómico* y otros periódicos harto menos decentes, y se descalza de risa con las líneas desiguales en que se retratan á carbón escenas cursis, flamencas ó de vida airada. Hay unos pocos ingenios que en el antedicho papel semanal insertan versos de intachable factura, donairosos y perfectamente cincelados; pero, aun prescindiendo por un instante de las frecuentísimas faltas de respeto á la moral y al decoro, en que suelen abundar por desgracia, y que son cebo de la malicia y escuela de corrupción para la juventud, ¿pueden clasificarse buenamente en ningún género poético las chuscadas de Sinesio Delgado, el pontífice del gremio, de Pérez Zúñiga, López Silva y cien más ¹, que hacen con

¹ Entre ellos José Estrañi y Luis Royo y Villanueva, que no figuran entre los redactores de plantilla del *Madrid Cómico*. El primero se ha dado á conocer por sus campañas libre pensadoras, y el segundo es autor del gracioso opúsculo *Manchas de tinta*. El

la rima lo que Taboada con la prosa, y *Mecachis* y Cilla con el lápiz?

La nota festiva ha vivido siempre á título de variante entre las infinitas manifestaciones en que puede exteriorizarse la inspiración poética; pero cuando monopoliza el puesto de todas las demás y ejerce funciones docentes, y se hermana con la grosería y el cinismo..., entonces, ó corrompe el gusto y las costumbres de la sociedad, ó indica que ya están corrompidos y extraviados.

aticismo de la frase y el desembarazo en la ejecución campean en el *Novísimo Espejo y Doctrinal de caballeros en doce romances por el bachiller Don Diego de Bringas* (Madrid, 1887), manotajo de flechas satíricas con que se acreditó una vez más el agudo ingenio de Santiago de Liniers. *Todo en broma*, finalmente, se rotula un libro recentísimo de Vital Aza, hermano gemelo de sus comedias, pasillos y sainetes.

